



# Revista Venezolana de Orientación

C A R A C A S  
APARTADO 628

AÑO 19 - N.º 182  
FEBRERO, 1956

“Sería incompleto y hasta miope juzgar el porvenir de un país por su prosperidad económica”, escribíamos en el artículo editorial del mes de enero. “¿Qué decir de nuestro porvenir moral? Tenemos que reconocer que es, cuando menos, inquietante. No puede predecirse a dónde va a desembocar esta Venezuela adolescente, colocada en el cruce del materialismo marxista, el positivismo liberal y el espiritualismo cristiano”.

Y fijábamos la atención de nuestros lectores en un punto concreto dentro del panorama de nuestros problemas morales: la creciente mengua del espíritu de responsabilidad.

En un programa sincero de recuperación moral de un pueblo es imprescindible comenzar por lo que se ha llamado con estricta justicia la célula fundamental de la sociedad: la familia. Y no se puede hablar de familia sana donde no se respeta la dignidad de la mujer.

Con claridad y valentía queremos abordar hoy este tema de peculiarísima actualidad en Venezuela.

La posición de la mujer en la sociedad moderna es conquista nobilísima del cristianismo. La exaltación de la ideal figura de María Santísima, Virgen y Madre; la defensa cerrada de la monogamia, la indisolubilidad del vínculo matrimonial y la igualdad de derechos y deberes entre los consortes, contribuyeron gradualmente a la auténtica emancipación de la mujer, a la que el paganismo tenía sumida en la degradación más humillante, superando apenas el concepto de esclava, de instrumento de placer, o máquina generadora de hijos. La virginidad fue objeto de admiración exaltada; la madre pasó a ser la reina del hogar; y la esposa, no sin respetar la jerarquía de autoridad del varón, sintió respaldados sus derechos y dignidad en un plano de igualdad con su consorte. Si la mujer venezolana ha logrado plenamente hacer suyas estas conquistas graduales de la mujer cristiana habría que examinarlo con sinceridad en vista de estos fenómenos preocupantes: el número abrumador de hijos naturales y mujeres abandonadas; el aumento alarmante de los divorcios y el falso concepto de masculinidad, extendido en grandes sectores de nuestra población.

La moral cristiana parte de un principio fundamental: El hombre y la mujer son iguales en derechos y deberes. No puede señalarse tampoco superioridad de cualidades: sino una diversidad maravillosa y complementaria. El hombre, destinado al trabajo, es físicamente más fuerte. La mujer, destinada a la generación, más tierna y dulce. El hombre, más especulativo; la mujer, más intuitiva.

Los diez mandamientos de la Ley de Dios obligan por igual al hombre y a la mujer. Es un error pensar en una moral para el hombre y otra moral para la mujer. El padre, y a veces la madre de familia, que miran sin asombro los primeros deslices sexuales del hijo adolescente (es varón!), y en cambio se horrorizan ante la primera ligereza de su hija adolescente por sus externas consecuencias, carecen de un recto sentido de la moral cristiana.

El esposo, que se permite distracciones morales sin el menor síntoma de bochorno y hasta con alarde, cuando no tolera la menor desviación, ni siquiera

LA  
DIGNIFICACION  
DE LA  
MUJER.

la frialdad, de su abnegada esposa, desconoce la moral cristiana. Más aún: la desconoce igualmente la propia esposa, que lo tolera, repitiendo con resignación: "es muy enamorado!"

Es un criterio completamente pagano de la vida con reminiscencias de cacique de tribu indígena, de sultán de serralío o de desbordado conquistador encomendero, el del varón que mensura su masculinidad por el número de queridas o aventuras donjuanescas. En el primer caso se trata de un retroceso a la selva; en el segundo recordaremos el juicio de Don Gregorio Marañón: el varón perfecto es el que ama a una sola mujer; el tipo Don Juan es un degenerado.

Mucho hablan de la mujer y el amor literatos, poetas y artistas. Con frecuencia sus galanterías son disfraz de una grosería moral animalesca. Sobran intelectuales que pregonan la emancipación de la mujer... ¿Cómo actúan esos intelectuales en sus íntimas y sinceras relaciones con la mujer? ¿Cuántas veces nos recuerdan a Juan Jacobo Rousseau, que cuando trataba de revolucionar el mundo en la educación de los hijos, se desentendió de los suyos arrojándolos a la inclusa. Hay un contraste singular entre la propaganda moderna de emancipación femenina y la dignificación de la mujer por el cristianismo. Esta responde a una profunda y salvadora ideología; aquella ha sido definida caústicamente como la libertad del hombre para aprovechar las libertades de la mujer emancipada.

Al pensar en la Venezuela adolescente, que se abre al inquietante enigma de una vida viril, los responsables de su formación no podemos menos de meditar seriamente en la dignificación de la mujer venezolana. Deprime el espíritu la contemplación de ese ingente mundo de humildes campesinas, cargadas de hijos, entregadas al trabajo agotador del campo, embotadas de espíritu, prematuramente envejecidas y taradas de un complejo de inferioridad, de resignación y de fatalismo. Las más... simples concubinas de hombres incomprensivos, y con frecuencia brutales, incultos y perezosos. "Los hijos son de la mujer, parecen pensar con frecuencia. Ella los levanta". Media Venezuela se levanta en efecto con el esfuerzo, casi exclusivo, de la mujer, vejada, abandonada, y, a pesar de todo, abnegada y heroica, por ser madre.

No es éste, espectáculo exclusivo del campo. Se repite en los barrios bajos de cada ciudad. Todo un mundo de injusticias, incomprensiones y ultrajes, cubren el telón del gran teatro del servicio doméstico, del que nuestros organismos católico-sociales nos han descubierto la trastienda.

Hace pocas semanas se cerraron en Caracas más de 40 lenocinios, explotados, casi exclusivamente, por inmigrantes. Otros no se han clausurado porque cuentan con patrocinadores que burlan las leyes. Las mujeres explotadas eran casi en su totalidad venezolanas. ¿De dónde llegaron? Las más fueron cazadas en el campo y en la montaña por emisarios que les ofrecían un puesto en el servicio doméstico de Caracas. ¿Saben los padres de esas ingenuas campesinas; conocen los párrocos de los sectores rurales esta infame modalidad de esclavitud moderna, que se llama la trata de blancas?

Es muy fácil hablar o escribir galanterías más o menos audaces sobre la mujer. Es muy fácil halagar la vanidad femenina con oropeles de efímeros reinados carnavalescos. ¿Qué poco se busca, en la mayoría de los casos, a la reina, a la soberana, a la virgen, a la madre! ¿Con cuánta frecuencia se encubre malamente un asqueroso mercado de lujuria y carne humana!

Urge crear en las generaciones jóvenes un concepto justo de virilidad; un profundo respeto por la mujer. Y en la propia mujer un concepto de su propia dignidad. Al mismo tiempo, un profundo desprecio del hombre que queda en medio de la calle —como una bestia— midiendo el cuerpo de la mujer que pasa, sonrojada y abochornada; un profundo desprecio del Don Juan feminoide y vanidoso; o del varón imbécil que explota el esfuerzo y el trabajo de la mujer.

Que nuestros jóvenes sientan y practiquen con la Juventud Obrera Católica, creada en Bélgica por Mons. Cardijn, el lema: Respetar y hacer respetar a nuestras jóvenes; a nuestras mujeres, tesoro imponderable de amor y dulzura, madres del presente o cunas cálidas de las generaciones futuras de la patria.

M. A. E.